

LA EFÍMERA HISTORIA DE UNA CAPA AZUL

Juana María Coto Campos*

Eran las nueve de la mañana del último sábado de setiembre. Una llovizna persistente nos cubrió cuando mis compañeras de Química: Viqui y Cristina; Aurelia, nuestra invaluable colaboradora de la Oficina Regional del MINAE, en Alajuela, y yo descendimos del carro de la Universidad Nacional, conducido por Wilhelm, llamado cariñosamente Macho, nuestro compañero de Topografía, quien al día siguiente, se retiraría por jubilación.

Nos ubicamos en la pequeña explanada, situada entre la Escuela y la iglesia del caserío Las Vueltas de La Guácima de Alajuela, con la esperanza de que, a pesar del mal tiempo, algunos vecinos nos acompañaran en una caminata por la sección superior de la microcuenca de la Quebrada Salitral.

Mientras esperábamos, Cristina ofreció prestarme una capa extra que llevaba. Yo la acepté gustosa, pues no quería que mi resfriado se agravara. Mientras me colocaba la capa azul, que ostentaba un anuncio de baterías en la parte posterior, Cristina comentaba la suerte que había tenido

al alcanzar esta prenda entre muchas que fueron lanzadas a las graderías del estadio de Heredia, durante un partido de fútbol.

Con mucha alegría, vimos acercarse al grupo formado por Raúl, Geiner, Danny, Rebeca y María Fernanda, quienes venían preparados para la caminata, cuerda y cuchillo incluidos.

Decidimos caminar unos dos kilómetros por la carretera principal, luego ingresar por unos cañales hasta unos pocos metros de la naciente de la Quebrada Salitral. El regreso lo haríamos por la ribera de la quebrada.

Iniciamos alegremente el trayecto, entre bromas de que al menos yo tenía las “pilas puestas”, gracias al anuncio estampado en la capa azul. En el camino se nos unieron Asdrúbal, Flor y Sergio. Abandonamos la carretera principal e ingresamos al cañal, donde nuestros anfitriones vuelteños nos invitaron a saborear deliciosos trozos de caña recién cortada.

Asdrúbal, visiblemente emocionado nos relató allí anécdotas cotidianas de su infancia y juventud transcurridas, en ese sitio. Nos mostró el árbol de mango que plantó su papá, el cual crece robusto en la pequeña explanada donde solía estar su casa y el precioso pozo perforado, que les abastecía de agua fresca y cristalina.

Pero, ¡oh tormento!, allí empezó a escribirse el fin de la historia de la capa azul. Un pequeño arbusto atrapó en sus ramas el extremo inferior de la capa, y se desprendió una tira de unos dos centímetros de ancho, todo alrededor de la capa. Con resignación, Cristina me dijo: —No te preocupés. De todas maneras, me quedaba muy larga.

Yo, acongojada, le dije que para reforzar el extremo inferior de la capa, le pediría a los señores nicaragüenses que tienen un taller de reparación de ropa, cerca de mi casa, que le hicieran un dobladillo.

Continuamos nuestra caminata, anotando en el cuaderno o marcando en el mapa, el uso del suelo, los nombres de árboles y plantas que nos proporcionaban los lugareños, el estado de los caminos, las condiciones ambientales, y todo lo que el grupo consideraba de interés.

Llegamos a la quebrada, aguas claras que nacen y corren entre piedras inmersas en un bosque de galería, constituido por guácimos, espaveles, higuerones, ceibas y otros.

Tan ensimismada me encontraba disfrutando de la caminata —a la vez que cuidando de no caerme— que no me daba cuenta que la capa azul iba dejando huella de mi paso en cada cerca de púas que

* Laboratorio de Manejo del Recurso Hídrico. Escuela de Química. Universidad Nacional de Costa Rica.

lograba superar y en cada arbusto de puntiagudo ramaje. Cristina miraba con angustia, aunque entre risas, como su capa, se convertía casi en una chaqueta.

Unas veces bordeando la quebrada, y otras cruzándola sobre las piedras, continuamos nuestro camino. La belleza del sitio y la paz que allí reinaba nos cautivó, especialmente a nosotras, acostumbradas al bullicio y al árido paisaje de las ciudades. Unas veces de quince metros de ancho, y otras, de no más de cinco metros, el bosque de galería se mantuvo como guardián protector de la quebrada. Durante el primer kilómetro de recorrido no observamos vida silvestre, solamente unas pocas pero bellísimas mariposas revoloteaban a nuestro alrededor. En su cauce, entre rocas de fuertes aristas, el agua clara invitaba a tomar un baño. Algunos de los niños que nos acompañaban no resistieron la invitación y chapucearon en las aguas de la Quebrada Salitral.

Con desencanto transitamos por un pequeño tramo, donde el maravilloso bosque de galería, había sido parcialmente eliminado. Con buena intención se reforestó con árboles de pino, una especie exótica, que ha limitado el crecimiento del sotobosque.

Al pasar una curva, nuestro desencanto se transformó en desilusión y en rabia: el bosque que bordea a la quebrada había sido removido en un tramo de unos trescientos metros. Primero, un almácigo de café y luego, un pastizal con corral ubicado en la zona de protección, ocupaban el lugar de los orgullosos guácimos, espaveles, aguacatillos, diversos frutales y ceibas.

El impacto de estas prácticas en la quebrada no se hizo esperar. El agua clara se transformó en un líquido café



Fotografía: Juanita María Coto Campos

Continuamos nuestra caminata anotando en el cuaderno o marcando en el mapa, el uso del suelo y los nombres de las plantas observadas.

y maloliente: materiales en suspensión y los desechos provenientes del corral, cambiaron el aspecto de este cuerpo de agua. Aquí y allá se observaban depósitos de sedimentos, suelo valioso que se lavó hacia la quebrada.

Molesto, Raúl señaló: Definitivamente, el ser humano con sus acciones tan poco solidarias e irresponsables, está contribuyendo lentamente a su propia destrucción.

Una agradable sorpresa nos esperaba más adelante. Una pequeña bóveda de unos doscientos cincuenta metros cuadrados, en un área que en el pasado fue potrero, según nos indicó Asdrúbal, se encuentra colmada de árboles y con evidencia de una excelente regeneración natural. Una vez más, la capa fue el blanco de los arbolitos más pequeños, los que guardaron en sus ramas pedacitos de material azul.

Unos metros, quebrada abajo de ese punto nos encontramos con un bello paisaje. La Quebrada Salitral corría bulliciosa entre rocas en el fondo de un cañón de abrupta pendiente.

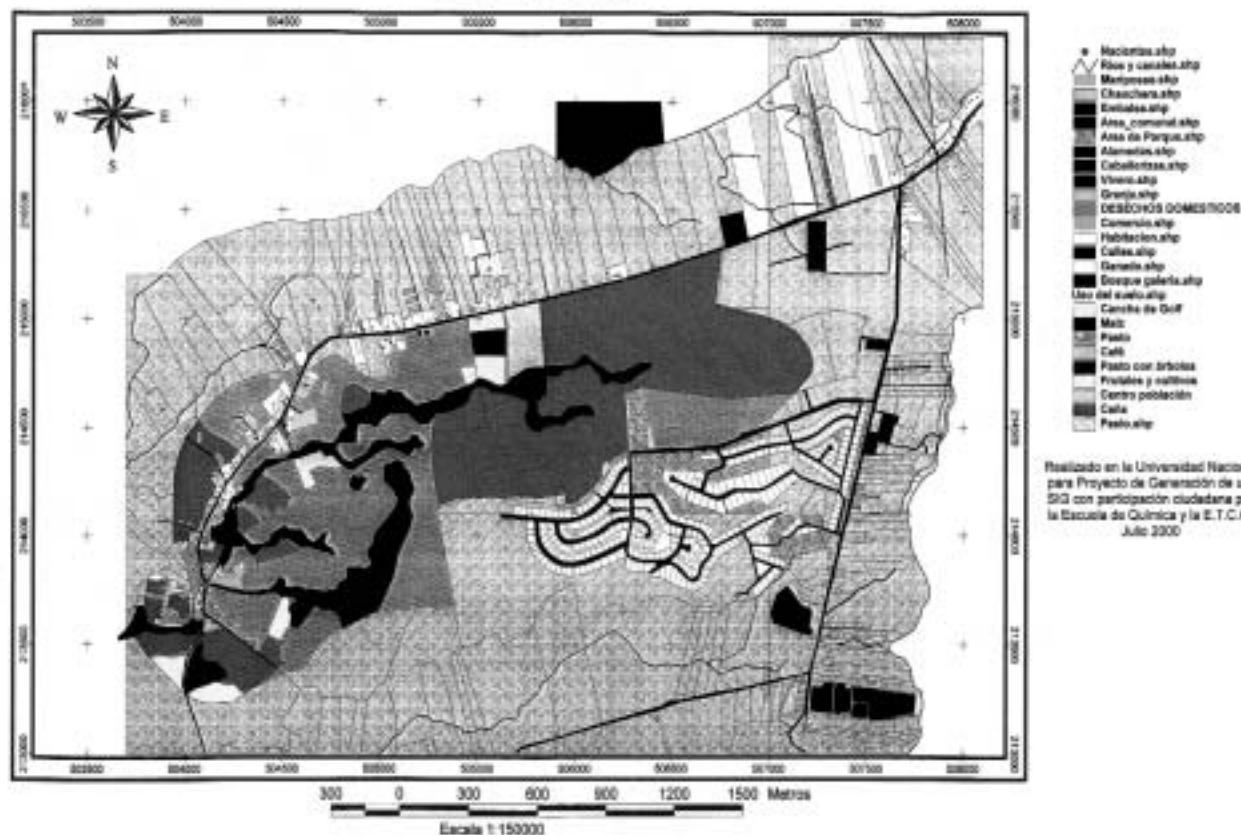
Cuando Raúl y Asdrúbal, nuestros experimentados guías, indicaron que bajaríamos la pendiente para admirar la cascata, mi primera reacción fue negativa. —Bajen ustedes, —les dije— yo los alcanzo en la plaza, no soy capaz de descender esa pendiente sin caerme y terminar en el fondo de la quebrada. Cristina y Viqui estaban dispuestas a acompañarme de regreso por la carretera principal.

Nuestros guías, por su parte, insistían en que sí podríamos bajar, pues de lo contrario nos perderíamos la más maravillosa vista del recorrido.

Mientras estábamos en esta discusión, todos los lugareños bajaron la pendiente con asombrosa agilidad, y ya se encontraban disfrutando del paisaje y de un chapuzón.

Finalmente, con mucho temor, accedí a descender. Logré bajar hasta la quebrada, la primera parte del tramo de la pendiente casi en hombros de Raúl, y la otra parte, sentada.

VUELTAS



Realizado en la Universidad Nacional para Proyecto de Gestión de un SIG con participación ciudadana por la Escuela de Química y la E.T.C.O Julio 2000

¡Pobre capa azul!, además de jirones, era una bola de barro.

*¡Qué maravillosa vista nos esperaba!
Entre el verdor de árboles y plantas, una catarata, mostraba toda su belleza al caer sobre una pequeña poza bordeada de grandes piedras. Allí, en ese silencio solo interrumpido por el ruido del agua, agradecí a Dios por su creación, porque el agua no solo es vida, sino también poesía.*

Después de un rato de descanso y admiración del panorama, continuamos nuestro camino hasta la plaza del caserío.

¡Hasta en la última cerca quedó prendido un pedazo de la capa azul!

Concluimos nuestro recorrido en la explanada frente a la Escuela, cansados pe-

ro emocionados y alegres. Allí, Asdrúbal dijo la frase que sentenció el destino de la capa azul: –Esa capa quedó para el basurero.

Esta es la efímera historia de una capa azul, que vivió solo para admirar la belleza que encierra la Quebrada Salitral. Ojalá los vuelteños la conozcan, la aprecien y –lo más importante– la protejan y la recuperen.

COMENTARIO ADICIONAL

“La efímera historia de una capa azul” tuvo como escenario la Microcuenca de la Quebrada Salitral, en la cual se ubica el caserío de Las Vueltas, de La Guácima, Alajuela.

En dicha microcuenca, la Universidad Nacional desarrolla el proyecto Gestión Ambiental Comunitaria, cuyo fin es el de generar, participativamente, las estrategias que fundamenten su manejo integrado.

En el marco del proyecto mencionado, se realizaron dos caminatas con miembros de la comunidad con el fin de completar con ellos la información de campo sobre uso del suelo, en las riberas de la quebrada, prácticas de manejo del suelo de las zonas aledañas a la quebrada, cobertura vegetal de las riberas, calidad de las aguas de la quebrada.

La actividad realizada permitió retroalimentar, con el aporte de la comunidad, el mapa de la microcuenca.